



Desde la ciudad nunca se sabe qué quieren "los del campo"; entonces sólo queda la falsa mística de la Naturaleza. (Cinco mil agricultores se manifestaron recientemente en Madrid.)

## EL CAMPO, ENTRE LAS LLUVIAS Y LAS ELECCIONES

**C**INCO mil agricultores se manifestaron el martes de la pasada semana en Madrid. Convocaba la Coordinadora de Organizaciones de Agricultores y Ganaderos. El mismo día, en el FORPPA se celebraban unas reuniones entre la Administración y varias organizaciones campesinas. La organización socialista FTT-UGT propuso la expulsión de las mismas de la COAG por haber convocado y celebrado la manifestación. Sus deseos fueron cumplidos. Se negociaban los precios agrarios sin que se llegara a ningún acuerdo importante salvo el de continuar las conversaciones.

Unos acusaron a otros, y todos se acusaron entre sí, por electoralistas y oportunistas. Porque, a veintitantos días de las elecciones, es inevitable pensar en todo, incluso en aquello que nunca se tiene en cuenta, en aquellos que si antes no importaban, ahora sólo son recordados porque votan. El campo, siempre a cuestras con su permanente angustia, con sus eternos problemas, pasó de la sequía otoñal a los desbordamientos invernales y ahora vienen los polí-

*En tres años, el precio de los abonos se ha triplicado. En cuatro años, el precio de la maquinaria agrícola ha subido al doble. Ambos precios hunden cada día un poco más la economía del agricultor medio. Ambos precios junto con los eternos problemas del campo: deficiente asistencia de la Seguridad Social, nula facilidad crediticia, ausencia absoluta de la más mínima política agrícola, olvido de un sector social del que muchos venimos y todos nos alimentamos.*

### GONZALO GOICOECHEA

ticos prometiendo lo que nunca darán y, encima, desconocen si tanta lluvia es buena, es mala, o es regular.

Porque ahí está la cuestión: que desde la ciudad nunca se sabe qué quieren los del campo, siempre quejosos porque llueve mucho o porque llueve poco. Entonces, sólo queda la literatura; sólo queda la falsa mística de la Naturaleza. O si no, la tosquedad de los grotescos humoristas televisivos que parodian al campesino como si fuera un subnormal (Esteso y Compañía no escenifican al campesino ni al aldeano; representan unos tipos producto de mentes

horteras para el agrado y el rechineo de los mesócratas ciudadanos; éstos, para ocultar su mediocridad, necesitan ver en la pantalla chistes sin gracia alguna, chistes que son bazofia porque no llegan a insultos, chistes clasistas porque se mofan de una clase, chistes fascistas porque desprecian al individuo, chistes para gentes que comen productos sintéticos).

### Abonar la tierra

El pasado otoño fue muy seco, sobre todo en algunas regiones.

Allí donde se siembra en esas fechas, los granos cayeron en surcos duros y polvorientos. En las zonas de siembra tardía era imposible labrar las fincas. Hacía falta la lluvia. Llegó con el año nuevo. Por el Norte, al principio fue nieve; después, agua, agua abundante que hizo crecer los ríos hasta desbordarse, hasta inundar las ricas vegas, los regadíos, arrasándolo todo, rompiendo la simetría de la huerta.

Como consecuencia de las lluvias en algunas regiones se volvió a sembrar porque los granos de otoño no habían brotado. Para labrar estaba perfecto, con la humedad necesaria, pero sin peligro para el tractor.

El agua de enero, sin embargo, acabó siendo excesiva. A mitades de febrero seguía lloviendo en toda la Península. Borrascas del Sur y borrascas del Atlántico durante días y días. El Ebro se desborda de nuevo. La simiente, después del agua, necesita tiempo seco, frío. Ha llovido ya demasiado y el grano se pudre. En aquellas zonas que siembran en los meses de enero y febrero, los hombres no

tienen nada que hacer porque la tierra está empantanada (en los desvanes y en los graneros los chorizos y las morcillas, los jamones, pueden estropearse con tanta humedad). Es imposible sembrar.

El agricultor medio, el que vive de su solo trabajo está inquieto. Su queja por el tiempo que está haciendo no la entiende el hombre de ciudad. En este trabajo nos referimos básicamente a este tipo de agricultor: el que obtiene cultivando su tierra una ganancia mensual entre las cuarenta mil y las sesenta mil pesetas. No es jornalero ni necesita comprar la fuerza ajena. Le basta con su tierra y sus manos. Está llano de problemas que nadie atiende.

Uno de los más graves es el del abono. Los precios de los abonos se han triplicado en tres años (hace cuatro años el de siembra costaba 5,90 pesetas el kilo; el año pasado su precio era 12,90 y este año le falta poco para las 16 pesetas el kilo). Veamos un ejemplo: un campesino que venda de 600.000 a 700.000 pesetas de cereal, viene a gastar en abonos, aproximadamente, 200.000 pesetas, es decir, casi un tercio del precio de la cosecha.

Pero la cosa es más dura todavía. Normalmente el abono hay que pagarlo a tocateja, al contado. A veces, las Cajas Rurales facilitan créditos, pero es un desembolso obligado que muchas veces obliga a vender el trigo o la cebada sin poder esperar a una hipotética subida del precio.

## Trabajar la tierra

El precio de los abonos y el precio de la maquinaria agravan increíblemente la economía del agricultor medio. Hemos visto ya cómo sube el abono. La maquinaria no se queda atrás. Un tractor de tipo medio (el que necesita el agricultor del ejemplo anterior) en 1974 costaba 440.000 pesetas. Hoy pasa del millón. Hay que tener en cuenta que muchos agricultores compran tractores con más caballos, con más fuerza, o bien de marca extranjera; entonces el precio es un disparate.

Quedan, claro está, los arreglos, los recambios, la maquinaria de menor importancia. Suben los precios sin que nada ni nadie les eche el freno. Pero el agricultor apenas ve aumentado el de sus productos. En 1974 llegó a pagarse la cebada, muy al final de temporada (cuando sólo quedan los que han podido resistir sin vender), a nueve pesetas el kilo. Esta temporada, en el mes de diciembre se pagaba a 10,25 (ahora está algo más cara).

No hay proporción entre subida y subida. El agricultor de tipo medio empobrece a ritmo acelerado. Y cada día se ve obligado a endeudarse más. Y según aumentan

sus necesidades de crédito, las condiciones de éstos se hacen más duras.

Además de la inversión en abonos y maquinaria, la ausencia de política agrícola racional, obliga al hombre del campo a otras inversiones como locales para guardar el grano y los aperos. Porque es fundamental la posibilidad de guardar el grano y esperar mejores precios, ya que el precio de garantía que fija el Estado no sirve para nada. Salen ganando con ello los intermediarios y muchos han enriquecido estos últimos años aprovechándose de las necesidades de venta del agricultor —por falta de graneros o urgencia de dinero— y ayudados por ese Estado incapaz de almacenar el grano que produce la nación y de imponer un precio rentable.

La situación es tal que en varias zonas se están organizando cooperativas de agricultores para construir silos. La suma de decenas de cosechas facilita una mejor venta. Pero el presupuesto para uno de estos silos con capacidad suficiente para que merezca la pena construirlo, llega a 100 millones de pesetas. El IRYDA, orga-

justo de Seguridad Social Agraria porque ahora la asistencia a los agricultores es sensiblemente inferior a la de la industria (antes, hasta hace unos años, ni tan siquiera tenían Seguridad Social, sólo —el que podía— seguros particulares). Piden también el cumplimiento de las medidas negociadas el año pasado y no cumplidas, y de una ordenación del cultivo que debía estar hecha desde el 1 de julio de 1978, según los pactos de la Moncloa.

Saben, por experiencia de años, histórica, que no les van a hacer caso. Sus problemas se agravan según pasa el tiempo. Los tienen comunes a todos los agricultores del país. Tienen también en cada zona sus problemas específicos. A veces, lo que a unos beneficia, a otros perjudica. Como la misma lluvia.

## Guardar la tierra

El agricultor y el ganadero de tipo medio son hombres que, a momentos, piensan si no será mejor dejarlo todo, irse a la industria.



Y encima llueve sin parar y las tierras están encharquinadas, las semillas se pudren o no se echan, y la derecha ganará otra vez.

nismo del Estado, concede para estas obras créditos al 13,5 por ciento de interés. Curioso organismo, más usurero que las Cajas Rurales y Cajas Provinciales que conceden el dinero al 11,5 por ciento.

El IRYDA (Instituto para la Reforma y Desarrollo Agrario) desatiende perfectamente al agricultor. En 1975 concedía créditos para construir bajeas para guardar maquinaria al 5,5 por 100; en 1976, al 7,5 por 100; en 1977, al 11,5 por 100; ahora, al 13,5 por 100.

Parece que se busca la ruina total del campo. Las organizaciones campesinas exigen un sistema

Muchas veces sus hijos han estudiado o han preferido la industria o los servicios y no hay quien se quede después con la tierra. Ellos la han guardado y la han enriquecido. El esfuerzo ha sido sólo suyo. Nadie les ha ayudado y hasta el abono han tenido que echarlo sin tener bien analizadas las tierras. Han sido los eternos olvidados. Con la nueva situación política (así dicen los que no llaman a la de antes dictadura porque colaboraron con ella) se podría creer que la de los agricultores mejoraría.

No ha sido así. Se acuerdan de ellos porque llegan las elecciones. Cuando tienen un problema concreto y grave les hacen prome-

tas como si estuvieran en ellas. Tampoco las cumplen.

En Lérida, en la comarca de Urgel, hay una plaga de ratas. Según los campesinos, se notará en toda su importancia en el mes de mayo, cuando comienzan las cosechas del maíz y de los cereales. En algunos sitios como La Noguera, la peste africana que transmiten las ratas está acabando con el ganado porcino desde hace tiempo.

En Navarra y en Aragón el Ebro se ha desbordado ya varias veces. En la Sierra de la Demanda, entre Burgos y Logroño, han aparecido manadas de lobos y de raposos que matan sin piedad al ganado. Mientras tanto, los sindicatos agrícolas de Alava, Santander, Galicia, Oviedo, Vizcaya y Gulpúzcoa negociaban un nuevo precio de la leche. En Ciudad Real los agricultores tienen problemas porque las fábricas azucareras se retrasan en el pago de la ramolacha.

La lista podría alargarse mucho más. ¿Qué hacen por ellos los partidos políticos? La derecha, como todos sabemos, nunca hizo nada, sólo explotarlos, engañarlos; ahora es un poco diferente pero sólo de boquilla. La izquierda ha sido siempre más obrerista, su teoría y su dogma estaba creado para los obreros de la industria y la labor de concienciación no era posible en el medio rural, inculto y fragmentado. Ambas bandas (como lado, no como grupo) del panorama político tienen mala conciencia y en los programas electorales dedican un apartado a lo de la Agricultura. No pasan de generalidades. Sólo el problema del campo andaluz, por su gravedad (pero casi generalizado donde la mayoría son latifundios), ha merecido más atención.

Están las Uniones de Agricultores y Ganaderos, que en algunas provincias del Norte han conseguido una afiliación masiva. Está también la Federación de Trabajadores de la Tierra-UGT. Y unos grupos de la UCD y más a la derecha todavía la Confederación Nacional de Agricultores y Ganaderos y el Centro Nacional de Jóvenes Agricultores. En Cataluña destaca la Unió de Pagesos, que ya a finales de la dictadura se hacía notar y a la que se le suponen influencias de socialistas y comunistas.

Pero no es dado el agricultor a la tarea política concreta. Uno de los delegados que se manifestaron el pasado martes 6 dijo que, si no les hacen caso, la próxima vez podrán ser un millón de agricultores los que lleguen a Madrid. Ya pueden ir preparando la marcha. Y encima llueve sin parar y las tierras están encharquinadas, las semillas se pudren o no se echan y la derecha ganará otra vez. Y los directivos de la televisión del Estado —tan próximos en su estéril burocratismo a los directivos de los organismos para supuesta protección del campo— seguirán permitiendo las vergonzosas parodias de Fernando Esteso. Ser agricultor hoy en España es llorar, más aún que los que escriben. ■